

La inmigración en doscientos años de historia argentina

Fernando J. Devoto

En una fecha no bien precisada, pero que muchos indicios sugieren colocarla en torno a la primera mitad de la década de 1880, Marco, un niño genovés de 13 años, hijo de obreros, decidió emprender solo el camino de América. La decisión, tomada en una cena familiar junto a su padre y a su hermano mayor, estaba motivada por la necesidad de buscar a su madre que había partido dos años antes y de la cual la familia no tenía noticias desde hacía un año. La madre había decidido emigrar desde Génova a Buenos Aires cuando Marco tenía 11 años, para obtener algunos ingresos extras que ayudasen a la maltrecha economía familiar. Llegada a Buenos Aires se había empleado, como muchas otras mujeres de la región, en el servicio doméstico de una acomodada familia argentina. Las cartas de la mujer llegaron regularmente durante un año a su familia, pero luego cesaron. Así, Marco, que era el único que no trabajaba y por ello podía emigrar, decidió seguir su mismo itinerario y partió sin acompañantes en barco desde Génova a Buenos Aires, en una travesía que duraría 27 días. Llegado a Buenos Aires, se dirigió al domicilio de la familia argentina, pero ni la misma ni su madre vivían ya allí. A través de informaciones confusas y fragmentarias que le iban dando sucesivamente diferentes personas, y de ayudas ocasionales, ya que no disponía de dinero, Marco prosiguió su periplo en busca de su madre. En un barco a vela de otros genoveses que transportaban fruta se dirigió por el río Paraná a la ciudad de Rosario donde le habían dicho que su familia se había mudado. Sin embargo, no estaba allí. Aparentemente se habían trasladado a la ciudad de Córdoba en el centro del país. En una de las múltiples asociaciones italianas de Rosario le dieron alguna ayuda y consejos para dirigirse al nuevo destino al que llegó por tren. Nuevamente ni la familia argentina ni la mujer buscada estaban allí, sino que, según las informaciones que recogió, se habían dirigido más al norte, a Tucumán. Para allí partió nuevamente Marco, esta vez en una caravana de carretas que se dirigía hacia Santiago del Estero. En el medio del camino, donde la precaria ruta se bifurcaba, se separó de la caravana y se dirigió a pie hasta Tucumán. La encontró finalmente gravemente enferma, pero finalmente el reencuentro con su hijo le daría la fuerza necesaria para superar una riesgosa operación de la que saldría con éxito.

La historia, brevemente resumida, es producto de la imaginación de Edmondo De Amicis. Se trata de "De los Apeninos a los Andes" uno de los relatos más célebres de una de las obras más famosas y conocidas, el libro "Cuore", con el que se educaron generaciones de niños italianos y también, en menor medida, argentinos, ya

que el libro fue, por algún período entre fines del siglo XIX y la primera década del XX, texto obligado en las escuelas públicas y privadas del país americano, lo que había despertado la alarma de José María Ramos Mejía cuando asumió la Presidencia del Consejo Nacional de Educación, en 1908. El enorme éxito de “Cuore” -cuarenta ediciones en el mismo año de su publicación (1886) y alrededor de un millón de ejemplares vendidos entre esa fecha y 1923- permite percibir su notable impacto en la construcción de imaginarios sociales. El éxito de la obra no se debía solamente a la felicidad de su “forma” sino también a que iba al encuentro de una sensibilidad muy extendida hacia el tema de las migraciones en Europa y en América entre los siglos XIX y XX. De Amicis, por otra parte, rodeaba su relato de una serie de particulares que mostraban su buen conocimiento de la experiencia migratoria. No podía ser de otro modo ya que él había hecho el mismo recorrido que sus personajes, en la nave italiana “Galileo” desde Génova a la Argentina, en 1884. Llegado al país platense lo había recorrido desde Buenos Aires hasta las colonias santafesinas de la “pampa gringa” y había retratado en una serie de ensayos, a mitad de camino entre la crónica de costumbres y una moralidad edificante, tan propia de su humanitarismo laico, la situación de los inmigrantes. En especial, en “Sull’oceano” (1889) presentaba no pocas agudas observaciones estilizadas acerca de los pasajeros de tercera clase, mirados por uno de primera al que le gustaba pasearse por todos los lugares del barco y detenerse a conversar con ellos. Aparecían allí los niños en todas partes, desde aquellos que esperaban embarcarse teniendo todavía prendida en el pecho el emblema de latón del asilo infantil, a aquellos que eran sostenidos uno en cada brazo por su madre o dormitaban en cubierta sobre sus rodillas o, si muy pequeños, reposaban sobre su madre encinta en la cucheta inferior de los enormes dormitorios. No faltaba tampoco el niño que en la cubierta de proa sonaba el pífano, ni aquel pequeño con escarlatina en la enfermería, ni la niña de trece años que volvía de un viaje con su madre a perfeccionarse en piano en Alemania y se enamoraba perdidamente de un oficial al que escribía una carta apasionada llena de errores gramaticales. Era parte de la experiencia de tantas otras niñas de entre diez y quince años que escuchaban las palabras procaces y las actitudes ambiguas de la galantería campesina dirigida a ellas, creciendo en esas semanas de la travesía, aceleradamente.

Así, aunque Marco es un personaje imaginario a su modo condensa fragmentos de vida de tantas personas concretas, en este caso los niños migrantes, y los coloca en un contexto poblado de lugares y situaciones habituales, de la experiencia de la nave al papel de las asociaciones que los inmigrantes de cualquier nacionalidad crearon en gran número en la Argentina. Como ocurre con tantas obras,

colocadas entre el ensayo y la literatura, y en especial aquellas que logran un público amplio, De Amicis condensa esos fragmentos de experiencia, los elabora, los ficcionaliza y crea una imagen de la inmigración que será para muchos de sus lectores la “verdadera” imagen de la inmigración. Sin embargo, como otras fuentes lo revelan, la pintura de las migraciones provista por De Amicis, que no debe desdeñarse como no deben desdeñarse las imágenes de los contemporáneos, es solo parcialmente ajustada. Refleja la mirada de aquellas personas que, aunque perceptivas, observaban el proceso desde un lugar diferente al de la experiencia social concreta de los mismos migrantes. Otra, distinta, menos poética y patética sin caer en irreales optimismos, surge de aquellos testimonios que sin propósitos estéticos ni pedagógicos proveen los mismos migrantes, en sus cartas, por ejemplo, que por millones atravesaban el océano en los dos sentidos, o en los mudos registros de los anónimos actos de vida que distintas fuentes nos brindan, de las listas de los pasajeros en las naves, a las actas notariales o a las del Registro Civil.

Una primera observación debe aludir al carácter de caso límite propuesto por De Amicis, En realidad, como los datos disponibles muestran bien, aunque los casos de los niños migrantes no eran inusuales (y nuevamente aquí la literatura del siglo XIX, de Dickens a Dostoievski lo muestra abundantemente), la experiencia migratoria involucraba ayer e involucra hoy muy mayoritariamente a hombres, en general jóvenes, en cualquier caso, adultos. Era una decisión tomada no individualmente sino en el seno de la familia (y De Amicis lo refleja aquí bien) pero no movilizaba casi nunca a las mujeres sino a los hombres y entre estos no a los menores sino a los mayores, que solían ser los primeros en emigrar a la búsqueda de que la misma familia pudiese ampliar los recursos de la economía doméstica. Si a los primeros les iba bien, luego y no antes iban las mujeres y los niños y, a veces, mas tarde aún, los ancianos. Mujeres y niños, por lo demás, solo ocasionalmente emigraban solos ya que con bastante sensatez se prefería que lo hiciesen acompañados de parientes adultos o de paisanos (las listas de los pasajeros de las naves lo revelan bastante bien). Desde luego, también, la mayoría de los migrantes no se dirigía a un nuevo país a la aventura (aunque el sentido común así lo crea) sino que lo hacían a través de esos mecanismos que los historiadores llaman “cadenas migratorias” y que consistía en el proceso a través del cual los primeros migrantes ayudan a otros a emigrar. Los primeros, los pioneros, podían proveer distinto tipo de soporte a los emigrantes que venían luego, parientes, amigos o paisanos. Este iba desde informaciones genéricas sobre las posibilidades existentes en el nuevo país, hasta el pago del billete de transporte o incluso hasta facilitar un lugar inicial de residencia y los contactos para conseguir el primer trabajo. De ese modo, una buena parte de los inmigrantes llegaba a un país

nuevo, pero no totalmente extraño ya que en él residían otros parientes o conocidos que mediaban en muchos modos la relación con la sociedad receptora. Un modo de verlo es el Hotel de Inmigrantes.

Como es conocido, diferentes gobiernos argentinos intentaron promover la inmigración europea y entre los instrumentos para hacerlo utilizaron distintos edificios, desde pensiones hasta un "Asilo" creado en 1864 en Buenos Aires o hasta los hoteles posteriores, en los que se brindaba alojamiento gratuito a los recién llegados en los primeros días. El más emblemático de esos edificios es el que se inauguró en 1912 y cuya estructura, destinada ahora a las oficinas de la Dirección de Migraciones, subsiste hoy. Pues bien, algo más de la mitad de los migrantes no se alojaba en el mismo, sino que eran recibidos en el puerto por amigos o parientes o se dirigían inmediatamente a sus casas o a una pensión de algún paisano. Por otra parte, entre los que sí se alojaban, un porcentaje significativo lo hacía solamente porque se encontraba en tránsito hacia el interior, donde también los esperaban amigos o parientes. Del mismo modo, una minoría era la que utilizaba las posibilidades que ofrecía la oficina de colocaciones que funcionaba en el mismo hotel de inmigrantes y que disponía de elencos de demanda de trabajo por parte de empleadores (sobre todo rurales).

Ciertamente hay que recordar que la experiencia migratoria es heterogénea y diversificada y que también hubo personas que llegaron sin contactos y otros incluso al destino equivocado, pero la mayoría sí tenía lazos sociales previos en el nuevo país. Nuevamente aquí la distinción debe hacerse entre grupos con una larga tradición migratoria y aquellos expulsados súbitamente del viejo mundo y que se embarcaban con noticias menos ciertas y sin contactos. Por poner un ejemplo de una historia de vida, un emigrante polaco de religión judía llegó a Buenos Aires porque tenía noticias de un conocido que vivía en Buenos Aires. Sus noticias incluían una dirección en la calle Lavalle en la Ciudad de Buenos Aires. Al llegar a la misma le informaron que se había mudado a una ciudad llamada La Plata sin poderle dar más precisiones. No pudo dar con él. El azar lo llevó así a un itinerario personal muy diferente al que había proyectado.

Esa heterogeneidad de experiencias era también social. Aunque la mayoría de los inmigrantes eran de origen campesino, como parte de un gigantesco movimiento desde áreas rurales a áreas urbanas que caracteriza a los siglos XIX y XX en el hemisferio occidental, hubo no pocos que llegaron a la Argentina desde villas y ciudades, en ocasiones en forma de un movimiento por etapas que incluía desplazamientos precedentes. Así, a los campesinos se sumaban no pocos artesanos (que a veces habían padecido la decadencia de sus oficios ante las transformaciones

tecnológicas), luego obreros y también no pocos profesionales e intelectuales que buscaron aquí encontrar una clientela o un público entre sus connacionales. Llegaban, a menudo en segunda clase, médicos, farmacéuticos, artistas, periodistas, maestros y profesores y también pequeños empresarios, constructores, arquitectos, comerciantes. Figuras todas que como una densa nube acompañaban a las migraciones de masas. Y a todos ellos habría que sumar los profesionales o científicos que contrataba el Estado argentino y los exiliados y refugiados que llegaron a lo largo de doscientos años: desde los republicanos italianos y españoles del siglo XIX, pasando por los anarquistas y socialistas en el tránsito entre los dos siglos, hasta los comunistas y en general los antifascistas y los derrotados de la guerra civil española, y también los armenios y los judíos de tantas procedencias y condiciones y luego todavía los fascistas y otros simpatizantes de los regímenes totalitarios derrotados en la segunda guerra mundial, sin olvidar a los muchos exiliados procedentes de países latinoamericanos que estuvieron siempre presentes aunque se los recuerde menos. Asimismo, heterogeneidad de procedencias. Aunque los inmigrantes provenientes de Italia y de España fueron largamente mayoritarios, es bueno recordar que procedieron de todos los rincones de Europa y del Cercano Oriente e incluso de más allá, asiáticos y africanos (de japoneses a caboverdianos) y por supuesto de los otros países sudamericanos. Estos últimos, aunque se harían muy visibles a partir de los años sesenta del siglo XX, siempre habían estado aquí en especial en las zonas fronterizas del nordeste, del norte y de la Patagonia. Desde que disponemos de Censos nacionales (1869) los inmigrantes limítrofes han oscilado entre un 2 y un 3% de la población total. En conjunto, las nacionalidades declaradas por los inmigrantes en los elencos de la Dirección de Migraciones argentina superaban las 200.

Así, la experiencia migratoria que involucró a millones de personas se caracteriza por su pluralidad y cada historia es una historia, aunque nos esforcemos por construir un esquema interpretativo, un modelo que nos ayude a pensar el fenómeno siempre es bueno usar el plural y nunca el singular.

Una larga historia

Las migraciones son algo connatural a la vida de las personas y de los estados, las ha habido en el pasado, las hay en el presente, y las habrá en el futuro. Todos los países en diferentes momentos de su historia han recibido inmigrantes y a veces en forma desfasada -y en otras paralelamente- han visto emigrar a una parte de sus habitantes. En cualquier contexto comparativo que se proponga, la Argentina no es

una excepción. Lo que, si es excepcional, es la importancia cuantitativa y cualitativa que tuvieron en estas tierras las migraciones internacionales y lo es por dos factores principales: la larga y sostenida persistencia del fenómeno, desde épocas coloniales hasta el presente, y su peso relativo, en especial en algunos períodos, con respecto a las poblaciones existentes.

Mucho antes de que los inmigrantes de ultramar comenzasen a ser medidos sistemáticamente, en 1857, la presencia de inmigrantes de origen europeo y no europeo era bien visible en algunas áreas de la actual Argentina, por ejemplo, en la ciudad de Buenos Aires o en las villas y las campañas de las provincias del litoral. Muchos llegaron a partir de la creación de Virreinato del Río de la Plata cuando a un movimiento más antiguo de aventureros, funcionarios y comerciantes peninsulares se le agregó otro más numeroso de simples personas a la búsqueda de trabajo; pequeños comerciantes ciertamente, pero también trabajadores a jornada. A ellos se sumaban personas de procedencia rural llegados en programas de poblamiento de los que el más conocido, para el Río de la Plata, fue el de la operación Patagonia de 1778 que culminó con un previsible fracaso dadas las dificultades de todo tipo que debían enfrentarse. Los colonos sólo se sostuvieron en Carmen de Patagones, aunque la mayoría de ellos terminó en la línea de fronteras de Buenos Aires, entre Rojas y Chascomús. Muchos de los que llegaron esa época darían lugar a linajes exitosos, los Martínez de Hoz, los Alzaga, por ejemplo, que se esforzarían por olvidar que sus antepasados también habían sido inmigrantes. No se trataba por lo demás solamente de procedentes de España, muchos portugueses recalaban en el Plata y también algunos otros europeos (como los nombres de los peninsulares Castelli, Belgrano y Alberti en la Primera Junta revelan bien) llegaron en esa época.

Los comienzos de la emancipación generaron una situación ambigua que en términos generales no fue favorable a la inmigración. Ciertamente los nuevos gobernantes se propusieron rápidamente promover la inmigración y un decreto de la Primera Junta de 1810 indicaba que todos los extranjeros de países “que no estén en guerra con nosotros”, podían trasladarse al país donde “gozarán de todos los derechos de los ciudadanos” y ello fue reafirmado poco después por el primer Triunvirato, que formula en 1812 el ideario de una política poblacionista destinada a perdurar y que debía ir acompañada de una tutela jurídica y de la oferta de tierras para aquellos que quisiesen dedicarse a tareas rurales, con iguales privilegios que los nacionales.

Sin embargo, los resultados prácticos de todo ello fueron casi inexistentes. La emigración europea no creció, sino que decreció con la emancipación y los enfrentamientos que ella generó. Las guerras desalientan la emigración de trabajadores de cualquier tipo, aunque favorezcan las de aventureros, militares o

cierto tipo de comerciantes. Como sucederá también posteriormente, el crecimiento adicional de la incertidumbre -y desde luego el peligro físico- no son buenos contextos para decidir emigrar. En el caso rioplatense, además, el inicio de las hostilidades con España hacía aún menos recomendable para los peninsulares, el principal grupo en la época colonial, dirigirse a un nuevo país, donde podían ser considerados enemigos. A medida que el conflicto subió en su virulencia esto efectivamente ocurrió y los bienes de los españoles pasaron a ser un fácil objeto de requisas y confiscaciones para un estado que necesitaba imperiosamente recursos, en general a través de la fórmula de empréstitos forzosos. De ese modo, aunque Buenos Aires comenzó a recibir a personas procedentes de Europa (Gran Bretaña, la futura Alemania) y de Norteamérica, en general comerciantes que se beneficiaban de la difícil situación de los españoles y del fin del monopolio y tomaban en parte su lugar, la disminución abrupta de la llegada de estos últimos hará que el número total de extranjeros en lo que sería luego la Argentina disminuyese. No mejor suerte tuvo luego de terminadas la guerra de la emancipación y comenzadas las guerras civiles, las iniciativas de Rivadavia de atraer inmigrantes con distintos programas de colonización. Todos fracasaron. Emblemática fue la empresa inicialmente más exitosa: la colonia de campesinos escoceses instalados en Monte Grande en 1825. Cuatro años después irán a la ruina al quedar en el medio de los ejércitos enfrentados de Lavalle y Rosas.

La situación comenzará a cambiar en el gobierno de Rosas. Durante el veinteno, aunque no hubiese ninguna política pro migratoria y el mismo gobernador de Buenos Aires pareciese mirar a los inmigrantes con desconfianza (con algunas notorias excepciones como los genoveses considerados “amigos” de Rosas o también los gallegos que Felipe Lavallol traía para que se ocupasen como serenos en la ciudad de Buenos Aires) estos llegaban en números ahora significativos. Además de genoveses y gallegos, los vascos, los franceses del sudoeste y los irlandeses se hicieron habituales en el paisaje del litoral argentino. Su presencia sirve para recordarnos que los migrantes siguen sus propias lógicas que a menudo no coinciden con las de los estados o las de los grupos dirigentes. Construyen a su modo sus propias estrategias para encontrar un futuro mejor independientemente de lo que otros imaginen. Y cuántas oportunidades había en esas provincias del Río de la Plata para los extranjeros al compás de la moderada prosperidad que acompañaba a las provincias del litoral rioplatense durante el orden rosista, más allá de las persistentes guerras civiles. Muchas más oportunidades que para los

criollos. Ante todo, por estar en general exceptuados de prestar servicio en los ejércitos, ocupación forzada que llevó a la ruina a tantas familias nativas.

Las migraciones se aceleraron luego de Caseros cuando los dos Estados en pugna que surgieron luego del derrumbe del sistema rosista, el de Buenos Aires y el de la Confederación Argentina, rivalizaron entre sí para atraer inmigrantes y promover empresas de colonización, con más éxito y más amplitud en las provincias litorales que dependían del gobierno con sede en Paraná. La Constitución de 1853 sancionó ese ideario pro migratorio otorgando a los “hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino” largos derechos y garantías que los equiparaban a los de los nacionales, salvo en los derechos políticos. Años más tarde, en 1876, una Ley de Inmigración y Colonización, destinada a los migrantes europeos (ya que definía tales a los que llegaban en barco en segunda y tercera clase procedentes de cabos afuera, es decir de ultramar) prometía más beneficios, incluidos el alojamiento gratis en el hotel de inmigrantes, el acceso a la tierra pública, pasajes en tren desde Buenos Aires hasta el lugar de destino elegido e incluso (aunque se aplicó solo en un corto período) pasajes en barco desde Europa cuyo costo era anticipado por el estado argentino y luego reembolsado por el migrante. Por entonces, gobernar era poblar, como dijo Alberdi y al hacerlo quería decir en realidad que poblar era “civilizar”. El inmigrante sería la fuerza de trabajo que permitiría valorizar las tierras argentinas, que construiría la sociabilidad en el desierto (como sugirió Sarmiento) pero también sería el agente de un cambio de las costumbres, de los valores y de los comportamientos (trabajo, ahorro, consumo) que posibilitarían la transformación de la Argentina y dejar atrás el atraso, la soledad, la “barbarie”. Desde luego que nuevamente las iniciativas de los grupos dirigentes iban a estar bastante lejos de la realidad imaginada. En lugar de los supuestos industriales anglosajones y nórdicos profetizados como agentes del “progreso” iban a llegar inmigrantes del sur de Europa, es decir de aquellos lugares (con pocas excepciones regionales) no deseados por las elites argentinas (y más tarde aún aquellos llamados “exóticos”, por ejemplo judíos europeos o medio orientales o sirio-libaneses aún menos preferidos). Por otra parte, tampoco debemos sobrevalorar aquellas iniciativas legislativas que en buena parte quedaban en el papel y de la que los inmigrantes poco sabían. Bastaba para ellos que aquí hubiese un trabajo que permitiese ahorrar y prosperar para luego volver a su país (recordar que algo menos de la mitad retornó después de un tiempo a su patria de origen) o, inversamente, para traer a su familia. Para lograrlo sacrificaban muchas cosas y soportaban estoicamente una

impuesta y autoimpuesta dureza de las condiciones de vida (ya que el ahorro era posible tanto por los salarios que se pagaban como por la compresión de los consumos que los inmigrantes efectuaban), la violencia epidémica del estado -el juez de paz y el comisario, he ahí el Estado concreto con el que tenían que lidiar y no las normas jurídicas- y, en especial en las áreas rurales, la soledad, el aislamiento, la ausencia de servicios médicos o de una escuela (hasta que los mismos inmigrantes comenzaron a crearlas). En el informe que hizo Guillermo Wilcken en 1872, luego de visitar las colonias santafesinas, constató que en sólo 10 de las 34 colonias existía un templo (aunque en San Carlos había 3 y en Esperanza 2, resultado de los distintos componentes religiosos entre los inmigrantes europeos), en sólo 6 existían escuelas y en 3 había un juzgado.

En cualquier caso, los inmigrantes seguían llegando, a veces a las áreas rurales en un vasto movimiento hacia el oeste que acompañaba la expansión de la frontera con el indígena y la construcción de los ferrocarriles y sobre todo a las áreas urbanas del litoral, donde las condiciones de vida eran algo mejores y donde todo también estaba por hacerse. El censo de 1869, es decir anterior a la inmigración de masas, muestra ya esa preferencia urbana de los inmigrantes y otra vez desmiente la febril imaginación de las elites argentinas. En cualquier caso, a partir de la década de 1880 el movimiento se convirtió en un aluvión que, apenas cortado por la crisis de 1890, signaría una larga fase migratoria que culminaría en la Primera Guerra Mundial y que transformaría radicalmente a la Argentina.

Esa notable expansión de la inmigración europea puede explicarse de muchos modos, sea observando el movimiento en un contexto más general, sea apelando a los mecanismos microsociales que lo hacían posible. Ante todo, es bueno recordar que esas décadas en el tránsito entre los siglos XIX y XX son aquellos de máxima expansión de la emigración europea hacia todo destino y que, en ese sentido, el movimiento hacia la Argentina es parte de un movimiento mayor hacia las Américas. Tres grandes procesos estaban en la base de ese gigantesco movimiento: la transición demográfica, las grandes transformaciones que impulsaba el avance del mundo capitalista e industrial y la revolución de los transportes. El primero se caracterizaba por el pasaje de un sistema basado en la alta mortalidad y natalidad a otros signado por la baja mortalidad y la baja natalidad. Dado que la mortalidad, ligada entre otras cosas a los avances médicos y sanitarios, desciende antes que la natalidad (ligada a factores culturales), en el momento de la transición se produce un gran crecimiento de la población que no encuentra posibilidades laborales en los países de origen. El segundo, las transformaciones económicas,

conlleva drásticos cambios en las condiciones de vida. Por ejemplo, los avances tecnológicos traen consigo la ruina de la industria rural (la sustitución del telar manual por el mecánico fue todo un emblema), que servía para integrar los ingresos de las familias campesinas del mismo modo que la competencia de los granos producidos en los márgenes o fuera de Europa (en Rusia, en Estados Unidos o en Argentina), en un contexto de predominio de la libertad comercial, llevan a un descenso de los precios que hacen más difícil la subsistencia de los productores europeos que explotaban unidades pequeñas y estaban sometidos a una alta presión tributaria. Finalmente, todo ello era posible por la revolución de los transportes (el ferrocarril y el vapor) que abarataba los costos de transportes para las mercaderías a la vez que reducía el tiempo de viaje, aunque no siempre los precios del pasaje, para los futuros inmigrantes. En cualquier caso, el mundo se hacía más pequeño, de los cincuenta días que se tardaba en llegar desde el noroeste de España al Río de la Plata en la década de 1850 se pasó a veinte con la aparición del vapor en la década de 1870 y a 13 días en la segunda y la tercera década del siglo XX. Ciertamente a todo ello hay que agregar el problema de la información que era y es central para cualquier persona que decide emigrar. A medida que más inmigrantes se instalaban en América, más información fluía hacia los lugares de origen sobre las posibilidades que existían en los nuevos países. Informaciones de todo tipo, interesadas y desinteresadas, por vías formales e informales, personales e institucionales. Muchos intereses se movían alrededor de las migraciones internacionales, desde aquellos de los promotores de la migración (agentes de emigración, contratistas de mano de obra, representantes de compañías navieras, cónsules y vicecónsules de países americanos) que buscaban sacar una tajada del transporte de los migrantes hasta aquellos contrarios que defendían los intereses de aquellos grupos sociales, por ejemplo los grandes propietarios rurales, hostiles a la emigración ya que esta parecía provocar, al disminuir la presión de la mano de obra, un alza de los salarios que tenían que pagar en sus países. Ese aluvión informativo, tan a menudo contradictorio, generaba ilusiones y expectativas (alimentadas por la imagen de los migrantes retornados exitosos empeñados en exhibir sus logros materiales en la vivienda y en el vestido) y alimentaba el “mito” americano donde todo parecía posible, aunque no lo fuera.

En ese contexto de gran expansión de la emigración, la Argentina fue el segundo destino preferido por los emigrantes, luego de los Estados Unidos y antes que Canadá o Brasil. Sin embargo, si no se miran los números brutos sino el

porcentaje de inmigrantes en relación con la población preexistente, la Argentina fue el país en el cual el impacto inmigratorio fue mayor. En este terreno es donde emerge con claridad el carácter excepcional de la situación argentina. Así, mientras en los Estados Unidos los inmigrantes eran el 14,7% de la población total en el censo de 1890 y en Brasil eran el 2,5% en el mismo año, en la Argentina, en 1895, los inmigrantes (incluyendo europeos y no europeos) eran el 25,5%. En el nuevo siglo las diferencias se mantienen o aún amplían. En el censo estadounidense de 1910, los extranjeros eran el 14,5 % de la población, en Brasil según el censo de 1920 eran el 5,1% de la población, mientras que, en la Argentina, en el censo de 1914, alcanzaban la asombrosa cifra del 30% del total de la población.

Con todo, debe recordarse que las cifras a escala nacional dan una imagen imprecisa del impacto migratorio. El mismo fue muy desigual dentro de cada país afectando mucho más a algunas regiones o ciudades que a otras. En la Argentina, por ejemplo, en 1914, era mucho más importante en provincias como Buenos Aires y Santa Fe (donde superaban el 30% de la población) o en la Ciudad de Buenos Aires, donde oscilaban en torno al 50% de los habitantes en las cuatro décadas precedentes a la Primera Guerra Mundial, que, en otras provincias del noroeste, como las de La Rioja y Catamarca (donde eran el 2% de la población). Asimismo, dado que los inmigrantes eran, como observamos, mayoritariamente varones adultos, ello hacía que, por ejemplo, en la ciudad de Buenos Aires, fueran durante varias décadas los hombres nacidos en la Argentina fuesen menos del 25% de todos los hombres adultos que residían en la ciudad.

La consecuencia que puede extraerse de esos pocos datos son varias. La primera es que la inmigración entendida en un sentido amplio y mirada en un largo plazo no es una parte de la historia argentina, sino un factor constitutivo de la misma. La segunda consecuencia matiza la primera: cuando hablamos de la Argentina debemos referirnos a un plural. Decir que la Argentina fue literalmente rehecha por el impacto de la inmigración europea refiere sobre todo al litoral (y luego a la Patagonia) pero no a vastas regiones del noroeste argentino.

La importancia cuantitativa de la inmigración en la Argentina se combinaba con otros factores para dar una característica peculiar a la Argentina entre los países receptores. Una de ellas era económica, otra institucional y otra cultural. La primera refiere al hecho de que los inmigrantes no llegaban a un país que ya tenía un nivel importante de desarrollo, sino que lo hacían paralelamente al crecimiento argentino. Ello les daba numerosas oportunidades en múltiples sectores de la actividad económica a diferencia de las que existían en otros países de inmigración en los que,

ayer u hoy, los extranjeros deben desempeñar las profesiones menos prestigiosas y reductibles ya que son ellas las que están disponibles. En este sentido, los inmigrantes no se ubicaron en la base de la estructura socio-ocupacional sino en todos los sectores de esta. Incluso algunas actividades económicas se convirtieron en áreas claramente dominadas por los inmigrantes. Por ejemplo la agricultura argentina de la pampa gringa fue inmigrante casi siempre, de Giuseppe Guazzone (piamontés, llamado “el rey del trigo”) a Gustavo Grobocopatel (al que se lo podría llamar rey de la soja y que es un nieto de inmigrantes judíos). Si la agricultura es en gran medida de inmigrantes, la industria argentina era totalmente inmigrante ya que, a fines del siglo XIX, alrededor del 90 por ciento de los propietarios de lo que se llamaba industria en Buenos Aires (y que incluía a los talleres artesanales) eran extranjeros y también lo eran el 85 por ciento de todos los comerciantes de la ciudad. También los migrantes exitosos crearon sus propios bancos para capitalizar el ahorro de los inmigrantes (incluido el lucrativo negocio del envío de las remesas de dinero al país de origen) y así se encontraban entre los financistas y entre los clientes.

Desde luego solo una minoría de los inmigrantes se encontraban entre estos privilegiados y la mayoría eran obreros o jornaleros rurales. Empero, lo que diferencia a la Argentina de otras realidades como EEUU o Francia, es que los inmigrantes eran aquí a la vez industriales y obreros, propietarios de conventillos e inquilinos de los mismos, propietarios de tierras, en especial medianos y pequeños, arrendatarios y jornaleros. El célebre “grito de Alcorta” de 1912, los encontró así de los dos lados del conflicto, como también la polémica en torno a la Ley Nacional de Trabajo o las huelgas urbanas. Ciertamente, estaban mucho más presentes entre los trabajadores y entre los sectores medios, urbanos y rurales y estaban muy ausentes entre los grandes propietarios ganaderos.

Las características institucionales también actuaban en beneficio de los inmigrantes. Si bien, como observamos, la ausencia de una administración estatal dejaba librada a la arbitrariedad de los funcionarios a los inmigrantes (y esa era la mayor queja que repetían las cartas de los mismos a sus parientes en el lugar de origen), también es cierto que brindaba muchas oportunidades laborales en una estructura estatal también ella en plena expansión. Ello era particularmente evidente en el sistema educativo, poblado de maestros extranjeros (que en ocasiones ni hablaban castellano) en las escuelas públicas, de profesores de enseñanza media y más aún en las Universidades (en especial, inicialmente en la de La Plata por impulso de Joaquín V. González) donde darían lugar a muchas de las mejores tradiciones humanísticas y científicas argentinas en el siglo XX.

Las actitudes culturales hacia los inmigrantes, y ello se refiere a los europeos, también constituyeron una dimensión singular de la experiencia argentina. Ciertamente, las elites sociales argentinas se cerraron sobre sí mismas a partir de la década de 1880 como lo muestra la creación de espacios exclusivos como el Jockey Club o el Círculo de Armas o, en otro registro, lo exhibe la novela naturalista. Un conjunto de prejuicios y estereotipos negativos de los inmigrantes comenzaron a circular con profusión y de los que estaban exceptuados apenas los extranjeros de grupos prestigiosos y de alta posición social (y la distinción entre extranjero e inmigrante se hacía en este punto notoria). Sin embargo, esos niveles de prejuicio hacia ciertos grupos, elevados y persistentes desde entonces y con más intensidad en el siglo XX, no dejaban de estar compensados por un prejuicio aún mayor hacia los criollos y más aún hacia los indígenas. Los inmigrantes, lo señalamos ya, habían sido concebidos como fuerza de trabajo y como agente de civilización. Con el paso del siglo XIX al XX fueron cada vez más vistos como fuerza de trabajo eficaz pero carente de los requisitos necesarios para acceder a posiciones de preeminencia social. La metáfora del buey que conserva todavía el olor al establo (que como es sabido formuló José María Ramos Mejía en "Las multitudes argentinas") se hizo bastante general. No eran los inmigrantes los que iban a civilizar a la Argentina sino la Argentina (o sus clases dirigentes y sus instituciones educativas) las que tenían que civilizar a los inmigrantes. Era una tardía y póstuma victoria de Sarmiento sobre Alberdi. Dando un paso más allá, Leopoldo Lugones iba a consagrar poco luego del Centenario otra contraposición más punzante: la reivindicación del gaucho, hombre libre a caballo contra el siervo de la gleba europeo. Era la invención del gaucho y en especial de su ícono, el "Martín Fierro" de José Hernández, como poema épico emblemático de los argentinos que consagrarían un poeta de talento (Lugones) y un ensayista de creciente prestigio (Ricardo Rojas). Sin embargo, esa vertiente nativista pronto convertida, desde la segunda década del siglo XX en nacionalista, no iba a oscurecer la imagen siempre positiva de los inmigrantes europeos como grandes trabajadores preferibles a los nativos. Situación que si trataba de cerrar el acceso de los inmigrantes a los círculos sociales que consideraban de su exclusivo patrimonio no les impedía prosperar. Nuevamente los inmigrantes en la escala de prejuicios no estaban en el fondo del pozo, como en otras latitudes, sino en el medio. Por otra parte, los inmigrantes o sus hijos iban avanzando raudamente en muchas instituciones, de la Iglesia argentina a las Fuerzas Armadas al sistema educativo. Iban a recambiar los prejuicios negativos con la misma moneda: una hostilidad, larvada a veces y abierta otras, tanto hacia las elites argentinas como hacia las clases populares criollas.

En cualquier caso, los inmigrantes iban a estar presentes en todos los sectores de la actividad económica y en todos los niveles sociales, lo que no significa que se disolvieran en la nueva sociedad. Todo migrante tiene una historia precedente y raramente la deja atrás. En general, los inmigrantes preferían casarse con compaisanos o connacionales antes que con personas de otros orígenes y cuando lo hacían era con otros europeos. El retrato que presentó Florencio Sánchez en “La gringa” lo refleja en este caso bastante bien. En realidad esas elecciones evidencian no solo preferencias sino ámbitos de sociabilidad en el que se encontraban las futuras parejas. En este sentido, un rasgo bastante distintivo de las distintas comunidades de inmigrantes eran las asociaciones que creaban con propósitos de ayuda mutua para atender necesidades básicas que el estado no brindaba (médico, farmacia, a veces un pequeño pago en el caso de desempleo) o disponer de un lugar en el cementerio, en el panteón social al cual el muerto era acompañado por una comisión de socios de la entidad a que pertenecía e incluso, si la había, por la banda de música de la institución. También esas entidades servían para desarrollar otras actividades recreativas o sociales, fiestas, bailes, juegos, a veces escuelas y más tarde incluso cine. La más grande de las entidades que crearon los inmigrantes fue el Centro Gallego de Buenos Aires que llegó a contar con 80.000 socios en la década de 1930. Era una ciudad. También crearon numerosos hospitales, algunos de los cuales subsisten aún hoy, para atender en principio a los connacionales y luego a todo tipo de público. A medida que el siglo XX avanzaba muchas de las asociaciones mutuales comenzaron a decaer (en buena parte porque los hijos nacidos en Argentina no se asociaban a ellas) y fueron sustituidas por otras en las cuales las dimensiones recreativas, musicales y deportivas ocupaban el centro de la escena acorde con los nuevos usos del tiempo libre y con el avance de muchos de los migrantes hacia los sectores medios.

Esa Argentina de principios del siglo XX, tan heterogénea, cultural y étnicamente, no era sin embargo una sociedad inusualmente conflictiva en esa dimensión. Muchas explicaciones pueden buscarse para ello sin necesidad de apelar a la idiosincrasia nacional. Existía bastante trabajo y ello reducía los conflictos tan habituales en ese plano, la dispersión territorial que limitaba la creación de barrios étnicos también contribuía a multiplicar los contactos sociales entre los distintos grupos sociales y lo mismo harían esos grandes ámbitos de interacción que fueron la música popular y más tarde el deporte de masas. Por otro lado, la misma Iglesia favorecía la integración al igual que los grandes partidos populares como el radicalismo primero y el peronismo después y también aquellos otros tan permeados de la ideología promigratoria como el socialista. Por último, el ascenso social, algunas

veces ilusión, otras realidades, favorecía los procesos de integración. Ese ascenso tuvo muchas vías, pero donde fue muy visible -y el único perdurable cuando las condiciones económicas se hicieron más duras para todos- fue en el terreno educativo. Que un Colegio como el Nacional Buenos Aires, creado en buena medida para formar a la futura clase dirigente argentina, tuviese a fines del siglo XIX un 61% de estudiantes que eran hijos de extranjeros, según lo ha mostrado Alicia Méndez, es un dato por sí solo bien significativo.

Del mismo modo operaba un mito muy eficaz como era el del “crisol de razas”. Que ese “crisol” no significaba reconocer el aporte de todas las culturas a la formación de la Argentina sino forzar a los migrantes y en especial a sus hijos a asumir como propios determinados símbolos de la “argentinidad”, es bien evidente. Pero también es evidente que tuvo bastante éxito en lograr escindir a los hijos de los migrantes de los mitos nacionales y de muchas creencias identitarias de sus padres. La escuela pública con su ritualidad patriótica y con el guardapolvo blanco tuvo aquí un papel central al igual que las fiestas patrias, las estatuas, el servicio militar y el voto obligatorio. El proceso llamado de “nacionalización de las masas” que todos los estados occidentales llevaron a cabo por la misma época fue aquí particularmente exitoso y dejó como secuela un patriotismo exterior y formalista cuyos rasgos son visibles todavía hoy. Ello no significa que los hijos de los inmigrantes hubieran perdido todos los rasgos que recibieron en su ámbito familiar. Como Monsieur Jourdain, el personaje de Molière, ellos hablaban en prosa sin saberlo. Es decir que, aunque creían ser firmemente argentinos y cantaban el himno mas fuerte que los criollos o les gustase disfrazarse de Juan Moreira en los bailes de Carnaval, persistían en ellos aquellos hábitos, normas, comportamientos, actitudes profundas que habían heredado. Por poner un ejemplo, no recordaban a Giuseppe Mazzini, pero sí poseían una idea de la familia, de sus roles, de su fidelidad a ella antes que, a cualquier otra institución, estatal o privada, idea que habían traído sus antepasados. Esas diferencias entre las memorias públicas impuestas desde el estado y las memorias sociales construidas en el seno de los ámbitos familiares no dejan de ser un tema relevante de reflexión para el caso argentino

La primera guerra mundial significó un quiebre en el proceso migratorio. La inmigración cesó durante los años del conflicto e incluso muchos inmigrantes citados por sus países de origen volvieron para pelear en el frente. Una parte significativa, en especial entre los franceses volvió para defender a “la patria en peligro” pero otros eludieron la llamada. Un ejemplo, Charles Gardes, nacido en Toulouse, que logró a través de los oficios de un político conservador (Alberto Barceló) que le consiguieran otra partida donde constaba su nacimiento en Tacuarembó.

Luego de terminada la guerra y pasadas las dificultades económicas que lo acompañaron (y una de cuyas manifestaciones fueron las grandes huelgas que dieron lugar a la “semana trágica”) la emigración retomó con fuerza en los años veinte. La situación cambió, sin embargo, en muchos aspectos. Uno de ellos fue la intervención creciente del estado, preocupado entre otras cosas por la llamada “cuestión social” y el papel de los inmigrantes en ella, que comenzó lenta pero sostenidamente a poner mecanismos de control a los migrantes. Ese proceso que tenía sus antecedentes en el período precedente con leyes inconstitucionales, como la de Residencia (1902) o la de Defensa Social (1910), ahora no solo apelaba a cualquier mecanismo para expulsar a un extranjero considerado indeseable, sino que trataba de poner trabas al ingreso de aquellos grupos considerados peligrosos. Políticas que a lo largo del siglo XX se incrementarían a través de disposiciones administrativas y prácticas restrictivas que aumentaban los requisitos que debía disponer una persona para desembarcar en el puerto de Buenos Aires. No obstante, fue mucho más el impacto de la crisis económica de 1930 que cualquier otra cosa, lo que detuvo al flujo migratorio por más de quince años. Una época crucial, en muchos sentidos, entre ellos en el proceso de integración de una sociedad que veía languidecer a las comunidades de inmigrantes ante la falta de nuevos contingentes. Una sociedad que era, con todo, todavía un vasto espacio subpoblado. Nueve o diez millones de personas en casi 3 millones de kilómetros cuadrados no implicaban que el “desierto” hubiera sido derrotado. Lo dijo con ingenio Ezequiel Martínez Estrada en *Radiografía de la Pampa*: la civilización llegaba a una legua y media al borde de la vía. No se había poblado el “desierto” se lo había atravesado. Más allá de ello, aunque poco importante en términos cuantitativos, esos años fueron importantes en otras dimensiones, entre ellas aquellas vinculadas con el aporte de los exiliados, españoles, italianos, judíos europeos, entre otros que dieron lugar a un vasto enriquecimiento de la cultura y de la ciencia argentina pese a las resistencias de distinto tipo que las elites conservadoras y las corporaciones profesionales pusieron a los que querían arribar.

Luego de terminada la segunda guerra mundial, el flujo migratorio de Europa resurgió. Fue un movimiento intenso pero breve, entre 1947 y 1951 y con una prolongación decreciente hasta fines de la década del cincuenta. La situación luego de la guerra volvía a proporcionar además una amplia cantidad de mano de obra en ciertos países que se combinaba con una enorme cantidad de personas desplazadas de sus países de origen o de refugiados a la búsqueda también ellos de un destino. La Argentina se insertó rápidamente en ese contexto ya que era uno de los lugares tradicionales de migración para varios de esos países. El peronismo colaboró en ese proceso con una política activa de reclutamiento de inmigrantes en la misma Europa y

como parte de un diseño ambicioso que si, por un lado, daba continuidad a las tradicionales premisas acerca del papel de la inmigración de épocas precedentes, por el otro se proponía nuevos objetivos como traer técnicos y lo que llamaba “sabios y pequeños sabios” (entre los que había colaboradores de los regímenes de extrema derecha que habían colapsado) para impulsar el desarrollo industrial y tecnológico argentino. Con todo, esas políticas no dejaban de presentar contornos contradictorios ya que a la vez que atraer inmigrantes (incluso subsidiando su pasaje) el gobierno aspiraba a seleccionarlos dentro de ciertos grupos juzgados compatibles (españoles e italianos, ante todo) y para ello se basó en la misma legislación restrictiva que se había elaborado en las décadas precedentes. Todo estuvo, sin embargo, signado en los hechos por criterios bastante ambiguos en los que las relaciones interpersonales y los recursos monetarios, de los migrantes o de sus valedores, jugaron un papel importante en un contexto de una maquinaria administrativa ya desde antes permeable y ahora colapsada por el número de nuevos arribados. La mezcla de desorden, corruptelas e inadecuación de las estructuras jugó a favor de muchos inmigrantes que en otro contexto hubieran visto imposibilitado su ingreso al país. En cualquier caso, el movimiento perdió impulso luego de los primeros años y la Argentina no pudo competir eficazmente en atraer inmigrantes con otros destinos europeos, como Francia o Alemania o extraeuropeos, como Australia o Canadá. La inestabilidad de la economía argentina, sus recurrentes crisis, sumadas al progresivo debilitamiento de su moneda y a los controles que se ejercían sobre las remesas de los inmigrantes (sea sobre la cantidad, sea sobre el tipo de cambio al que podían efectuarlas) actuaron en diferentes momentos como factores que disuadieron a muchos a dirigirse a la Argentina, sin que los acuerdos intergubernamentales pudiesen hacer mucho más que promover algunos procesos de reagrupamiento familiar.

El fin de la inmigración ultramarina no significó de ningún modo el fin de la inmigración. Los migrantes sudamericanos que, como recordamos, estaban presentes desde siempre, en especial en las zonas de frontera donde desarrollaban a menudo trabajos estacionales, adquirieron un peso creciente en el total de los inmigrantes y nueva visibilidad en los grandes centros urbanos del litoral y por ello se convirtieron en los nuevos símbolos de la inmigración.

Los otros, los mismos

Freddy es un boliviano que decide emigrar a Buenos Aires para labrarse un futuro mejor. Indocumentado, consigue un trabajo en negro como parrillero en un modesto bar de Buenos Aires. Las relaciones de Freddy con el patrón y con los parroquianos

están surcadas por rasgos cotidianos de xenofobia y discriminación. No casualmente entabla una relación estrecha con la otra persona que es como él inmigrante, la mesera del bar, Rosa, de origen paraguayo con la que intima luego de ir a bailar en un local de la comunidad boliviana. La historia termina trágicamente cuando uno de los parroquianos lo mata tras una disputa en la que Freddy había salido en defensa de su patrón.

La historia es la de un premiado film de Adrián Caetano, "Bolivia", inspirado en una genérica estética neorrealista en versión sudamericana (aunque sin la *pietas* humanitaria y sentimental que era la gran metafísica del modelo original). Es una historia imaginaria pero que contiene, como la de Edmondo de Amicis, muchas experiencias cotidianas de las personas y las elabora en una trama que no es una copia de la "realidad" sino una construcción ficcional de la misma. La película nos remite de nuevo a imágenes y estereotipos que difícilmente pueden ser discutidos -y basta recordar en los años noventa el caso de la epidemia de "cólera" de la que se culpabilizaba a los bolivianos o las protestas gremiales contra ellos ya que supuestamente quitaban el trabajo a los nativos en el sector de la construcción o, más recientemente, los cánticos de algunas hinchadas de fútbol o indicar que la discriminación por la extranjería y por el color de la piel tienen una larga tradición en el país "crisol de razas" y aún desde antes de su misma existencia. Y, sin embargo, nuevamente la imagen resultante nos brinda una mirada de la experiencia migratoria que ilumina aspectos de la misma y deja en sombras otros.

Ciertamente, los bolivianos que durante mucho tiempo fueron un componente no mayoritario aunque creciente dentro de la inmigración limítrofe (por décadas bastante por detrás de los paraguayos, los más numerosos y de los chilenos) han sido tal vez el grupo más hostilizado, al menos en las áreas metropolitanas. Y sin embargo, el hecho oscurece que más aún que otros grupos recientes los bolivianos lograron prosperar incluso en la economía desventurada de la Argentina del último cuarto del siglo XX. Basados en estrechos mecanismos comunitarios que los llevaban a una fuerte inmigración en cadena, en el contexto de vínculos parentales, su movimiento fue pocas veces individual y mucho más parte de una estrategia familiar de largo plazo. Como los europeos del siglo XIX y principios del XX lograron ayuda y soporte en muchos compaisanos antes inmigrados y ello les permitió una primera inserción y un primer trabajo. Aunque a menudo indocumentados y por ello pasibles de todo tipo de abusos por sus empleadores, las redes comunitarias les permitieron hacerse fuertes en algunas áreas como la construcción en la que solían emplearse los hombres y en la horticultura a la que se dedicaban las mujeres. Este sector fue uno de aquellos en los que su éxito se ha hecho más visible, desde las pequeñas quintas en la periferia de las

ciudades hasta la venta en la calle y desde ahí, como cualquiera puede comprobarlo hoy, hasta esas pequeñas verdulerías que están ya por todas partes. Una historia semejante a otras historias precedentes y aunque objetos de burlas y de hostilidad también han logrado ser en ciertos sectores, la misma construcción, por ejemplo, estimados como buenos trabajadores preferibles (otro estereotipo) a los criollos. Ese progreso se logró pese a los prejuicios en su contra, a costa de un enorme sacrificio familiar y de una extraordinaria capacidad de trabajo. Esa capacidad extraordinaria que siempre tienen los inmigrantes.

Más allá de las gestas grandilocuentes, de las estatuas, de los héroes, de los tribunos y de los intelectuales, de los políticos y los pensadores, fue esa esforzada labor silenciosa y cotidiana, de casa al trabajo y del trabajo a casa, según el célebre dicho de un político famoso, de los inmigrantes y también de los nativos, la que construyó a la Argentina a lo largo de doscientos años. Asimismo, la inmigración favoreció y favorece la pluralidad cultural de un país y esa variedad de motivos, de temas y de tradiciones es un modo de enriquecimiento general de una sociedad. Quizás sea el Bicentenario un buen momento para pensar de nuevo esa Argentina en sus múltiples raíces, de unir la historia de lo que le paso a los otros, los héroes de las estatuas de mármol, y la historia que nos pasó a nosotros y a nuestros antepasados. La memoria pública y la memoria familiar juntas; la inmigración es un tema (no el único) para lograrlo. Por otro lado, como el siglo XX ha mostrado bien, la memoria pública, la memoria impuesta por el estado, no sobrevive en el tiempo sino se articula de algún modo con las memorias cotidianas de sus habitantes.